

# La fe cristiana frente al politeísmo espumoso

Francesc Torralba

Catedrático de Filosofía  
Universitat Ramon Llull (Barcelona)  
E-mail: francesctr@blanquerna.url.edu

comprender:  
filosofía

Recibido: 20 de abril de 2016  
Aceptado: 30 de julio de 2016

**RESUMEN:** La sociedad gaseosa se caracteriza por un politeísmo difuso y espumoso. El Olimpo de esta sociedad volátil está habitado por dioses (en minúscula) que nacen, crecen y mueren, ídolos que proceden del ámbito del cine, del deporte, de la moda, del cine o de las finanzas. Son dioses admirados, venerados, objetos de imitación, que suscitan, en los acólitos, pequeños sacrificios para asemejarse a ellos. Son dioses antropomórficos que nacen, crecen, se enamoran, de reproducen, se enfadan y mueren.

**PALABRAS CLAVE:** diagnóstico, fe, Modernidad, Postmodernidad, sociedad gaseosa, sociedad líquida.

## 1. El reto de diagnosticar

Diagnosticar los rasgos de la sociedad actual no es una tarea fácil. A esta labor se dedican los sociólogos y los filósofos de la cultura. Un diagnóstico es como un mapa conceptual, se parece a un sistema de orientación, a una brújula mental que permite al ciudadano común aclarar dónde está, qué papel juega en el cuerpo social y cuáles son los elementos tangibles e intangibles que definen su circunstancia.

La realidad siempre es más compleja y rica que su representación

conceptual. Ningún mapa teórico, por riguroso que sea, puede contener la totalidad de lo real, la complejidad inherente al mundo de la vida (*die Lebenswelt*), para decirlo con la bella expresión de Edmund Husserl, pero todavía es más ardua la tarea de diagnosticar cuando el objeto de estudio se volatiliza aceleradamente. Conceptualizar es coger, agarrar, poseer, de algún modo, el objeto de conocimiento. Sin embargo, lo característico de una sociedad gaseosa es, precisamente, su intangibilidad.

José Ortega y Gasset expresó de un modo lacónico la estricta relación existente entre cada ser humano y su circunstancia en una sentencia que, generalmente, se mutila a la mitad: “Yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo”. Para comprenderse uno a sí mismo es básico comprender la circunstancia, el entorno, la atmósfera, en palabras de Søren Kierkegaard, su mundo circundante, porque el yo no es una entidad ajena o impermeable a lo que ocurre en su alrededor, sino absolutamente permeable a ello.

Esto es lo que, someramente, nos proponemos en este breve artículo a sabiendas que la tarea contrae una gran dificultad. Diagnosticar la época presente es una empresa muy ardua, porque el presente siempre se escurre entre los dedos, pero sólo si comprendemos la circunstancia, podremos entender al ciudadano común, sus inquietudes, sus movimientos y sus expectativas.

Nos falta la suficiente distancia crítica para poder evaluar lo que realmente estamos viviendo, lo que ciertamente posee valor. En este sentido, es más prudente describir el tiempo pretérito, porque se dispone de más distancia temporal e información y, también, de más elementos de juicio que permiten valorar lo que realmente ha

aportado en el conjunto de la historia universal.

El presente es inefable, como el individuo, pero describir el futuro y articular una prospectiva con ciertas garantías de solvencia intelectual todavía es más difícil dada la volatilidad de los sistemas, de las instituciones y de todo el cuerpo social en general. Elaborar una representación conceptual que contenga la complejidad de la realidad se presenta, pues, como una labor utópica. Desde la década de los ochenta del siglo pasado se han utilizado una urdimbre de nombres para definir la sociedad actual. Esta galaxia de nombres crece exponencialmente, lo cual ya es, de por sí, sintomático.

Quienes experimentamos la necesidad de diagnosticar nuestra época, observamos una gama muy variada de denominaciones: *Postmodernidad*, *Ultramodernidad*, *Hipermodernidad*, *Tardomodernidad*, *Transmodernidad*, *Modernidad líquida*, *Turbomodernidad*, *Edad del caos*, *Era del vacío*, *el Imperio de lo efímero*, *la Sociedad de la decepción*, *la Sociedad del hiperconsumo*, *la Sociedad del cansancio*, *la Sociedad de la transparencia*. Estas son expresiones sugerentes que, sin lugar a duda, dan que pensar y que reflejan aspectos de este todo inefable que es la circunstancia que vivimos.

Cuando se multiplican exponencialmente los nombres para definir la realidad que vivimos, uno puede llegar a dos conclusiones: o bien la cosa que se está intentando definir contiene, en sí misma, una gran complejidad y ningún concepto describe correctamente lo que está sucediendo o bien carecemos de habilidad a la hora de describir. Además, la disyuntiva no es excluyente. Puede ocurrir lo uno y lo otro. El problema de diagnosticar la sociedad gaseosa es que no existe nada fijo, ni estable en ella. No solo cambian los actores. También cambia el guión y el mismo escenario, de tal modo que, al final, uno no sabe qué obra había comenzado a ver. ¿Cómo fotografiar lo que está en movimiento? ¿Cómo articular una correcta presentación de lo que se volatiliza tan aceleradamente?

Cuando uno empieza a elaborar el diagnóstico, se encuentra con un paisaje, con unos personajes y con unas instituciones; se halla con un elenco de intangibles, como creencias, valores e ideales, pero cuando ha terminado la descripción, se encuentra que todo ha mutado. Los paisajes han sido barridos, los personajes se han metamorfoseado y las instituciones han cambiado de logo y de funciones; también lo intangible se ha volatilizado. Esos valores que parecían sólidos y estables, se han desmenuzado

en miles de partículas diminutas que pululan por el espacio vacío y aquel sistema de creencias que parecía tan sólido se ha descompuesto en migajas que flotan en el aire. Lo mismo ocurre con los ideales, con las convicciones y con las certidumbres políticas, sociales, culturales y religiosas.

Todo se desmenuza con tanta velocidad que resulta imposible definir lo que hay, pero mucho más aventurado es desarrollar una mínima prospectiva de lo que va a acaecer.

Y, sin embargo, necesitamos mapas, cartografías culturales, planos para orientarnos, para saber dónde estamos, a dónde vamos, qué es lo que está pasando, porque solo si se conoce mínimamente el escenario, se puede determinar uno a sí mismo y comprender su lugar en el mundo y su rol en la sociedad. Este es el fin que nos mueve: diagnosticar el *humus* cultural y social de nuestro tiempo, a sabiendas de su volatilidad.

Estamos convencidos que la expresión “sociedad gaseosa” refleja, con nitidez, lo que se cuece en nuestro entorno. A la hora de tomar decisiones personales, afectivas y profesionales es básico tener una mínima noción del entorno en el que uno se halla, también del escenario de futuro, pues ello le per-

mite anticipar las consecuencias y, también, aclimatar las expectativas a la realidad.

En una sociedad gaseosa, nos preguntamos cómo es posible alcanzar cierta serenidad, una mínima paz interior. En un marco caracterizado por la inestabilidad y por la volatilidad de todo lo que hay, resultará esencial practicar algo tan difícil desde el punto de vista espiritual como el desapego o el desasimiento, pues, ¿qué sentido puede tener aferrarse a lo que inevitablemente se volatilizará?

## 2. Más allá de Zygmunt Bauman

El diagnóstico del conocido sociólogo y ensayista polaco, Zygmunt Bauman, ha hecho hincapié en el carácter líquido de nuestra sociedad<sup>1</sup>. El vocablo “líquido” es

---

<sup>1</sup> Gran parte de su bibliografía es una patente expresión de ello: Z. BAUMAN, *Amor líquido*, FCE, Madrid 2007; *Los retos de la educación en la modernidad líquida*, Gedisa, Barcelona 2007; *Arte, ¿líquido?*, Sequitur, Madrid 2007; *Vida líquida*, Paidós, Barcelona 2009; *Miedo líquido*, Paidós, Barcelona 2009; *44 Cartas desde la modernidad líquida*, Paidós, Barcelona 2011; *La cultura en el mundo de la modernidad líquida*, FCE, Madrid 2013; *Sobre la educación en un mundo líquido*, Paidós, Barcelona 2013; *Ceguera moral: la pérdida de la sensibilidad en la modernidad líquida*, Paidós, Barcelona 2015.

el que ha utilizado hasta la extenuación a lo largo y a lo ancho de su obra para definir el espíritu de nuestro tiempo, eso que los analistas culturales germánicos denominan el *Zeitgeist*. Esta terminología ha calado en el imaginario colectivo y es profusamente referida en todo tipo de ámbitos y de contextos académicos.

En su bibliografía, la palabra “líquido” se convierte en el concepto mágico para descifrar el espíritu de nuestra época. A su juicio, todo se ha vuelto líquido: la política, el poder, la economía, la cultura, la religión, las emociones, los valores y las creencias. Esta licuación generalizada de todo cuanto hay es lo que, según su criterio, caracteriza esta etapa de nuestra historia cultural y social. El eco que ha tenido la expresión de Bauman en la cultura académica es una demostración del acierto que ha tenido su intuición. Tal y como describe en sus ensayos, los cimientos de la Modernidad se han licuado, lo que significa que esos valores que la sostuvieron en el siglo XVIII y en el siglo XIX, tales como la libertad (*liberté*), la igualdad (*égalité*) y la fraternidad (*fraternité*), han perdido su consistencia, pero también el espíritu de emancipación, la idea de progreso, de razón y la esperanza en un futuro mejor. Afirmar que esta constelación de ideales se

ha licuado es afirmar que se han convertido en problemáticos, que han dejado de ser evidencias para convertirse en conjeturas.

La Modernidad se ha licuado y ello ha dado pie a una época donde todo fluye y nada permanece. Esta época que algunos han denominado "Postmodernidad" se caracteriza por una crisis estructural de estos valores e ideales. ¿Quién cree en el progreso moral de la humanidad? ¿Quién cree en el carácter liberador de la razón? ¿Quién cree que el mundo es más fraterno en la actualidad que hace doscientos años? ¿Quién cree que hemos conquistado más libertad y más equidad en plano global? ¿Quién cree que la Historia es un camino de liberación y no un círculo que da vueltas sobre sí mismo?

Muchos lucharon a muerte para defender estos ideales, entregaron sus vidas para asentarlos sólidamente en nuestra sociedad. La licuación de estos ideales nos hace débiles y también debilita los sistemas jurídicos y las instituciones que se sustentan en ellos. La lucha tiene sentido en un universo sólido, porque el mal opone resistencia y para alcanzar el bien merece la pena sufrir, pero en un universo gaseoso donde todo es inestable, volátil y nada permanece, tampoco tiene sentido luchar por algo, porque ese algo, sea

lo que sea, una ideología, un credo político, una religión, una patria, una lengua o una nación, se percibe también como algo efímero e insustancial que no merece el esfuerzo, la entrega. Luchar por lo que es insustancial carece de sentido, como no lo tiene luchar contra lo que es frágil.

A nuestro juicio, este diagnóstico ha sido superado por la lógica de los tiempos. La sociedad líquida ha dado paso a la sociedad gaseosa. "La posmoderna sociedad líquida de Bauman –escribe Ignacio Camacho– ha alcanzado entre nosotros rasgos paroxísticos, hasta convertirse en el epítome de una sociedad gaseosa en cuya atmósfera acrílica se diluyen los impactos más inquietantes"<sup>2</sup>.

La transición del estado sólido al estado líquido va siempre precedida por una crisis. Del mismo modo, ocurre con el paso del estado líquido al gaseoso. La licuación de lo sólido abre las puertas a un universo inestable y fluyente. El ciudadano que estaba fuertemente apegado a sus convicciones sólidas y experimenta como se licuan no puede dejar de experimentar una honda crisis. Si, además, las convicciones licuadas se evaporan y se volatilizan en mil partículas

---

<sup>2</sup> I. CAMACHO, "La sociedad gaseosa", en *ABC* (20 de diciembre de 2008).

elementales, la sensación de desamparo es total.

“Crisis” es una palabra que puede interpretarse de dos modos. En un sentido negativo, evoca la idea de final, de descomposición, de apocalipsis. El ciudadano que se formó en un universo sólido, experimenta la licuación y, posteriormente, la evaporación, como un auténtico drama. Siente como se le hunde el suelo que le sustenta y cae al vacío. El ciudadano que ya ha nacido en un universo líquido y lleva toda su vida navegando por los mares, surfeando las olas y se sabe mantener de pie en la tabla de naufrago, está mejor preparado para asumir el tránsito hacia la sociedad gaseosa, pero, aun así, experimenta perplejidad. En un sentido positivo, el vocablo “crisis” denota oportunidad, ocasión, el momento oportuno (*kairós*, decían los griegos) para el discernimiento. La transición de una sociedad líquida a una sociedad gaseosa puede leerse de ambos modos. No cabe duda que instalarse en este nuevo marco suscita múltiples problemas, pero, también, algunas oportunidades. Lo sólido ofrece unas posibilidades, pero lo líquido ofrece otras.

En un entorno como el nuestro, caracterizado por la metamorfosis de todo lo que hay, resulta esencial vencer el espíritu nostálgico que canta las virtudes del estadio sólido

y percatarse del valor de lo líquido y de lo gaseoso.

### 3. La sensación de ingravidez

La transición de lo líquido a lo gaseoso merece una especial atención. El líquido fluye y se percibe con los ojos. Uno puede meter la mano en él y experimentar el frescor del agua. No puede sostenerse un edificio sobre lo que es líquido, pero se sabe dónde ubicarlo y se sabe cómo sortearlo si conviene. Lo líquido está trazado en un mapa, ocupa un espacio y un volumen.

Lo propio del estado gaseoso es, en cambio, el carácter volátil e imperceptible de la realidad. También ocupa un espacio y tiene un volumen, pero no se percibe con la sensibilidad humana. Cuando el agua se evapora, las moléculas de hidrógeno y de oxígeno se sostienen en el aire, pero es imposible percibir las con el ojo humano. Están ahí, pero no podemos tocarlas. Necesitamos el aire para poder respirar, pero no lo percibimos. El pez necesita el agua para poder vivir, pero no lo percibe; es su medio vital.

No es posible identificar, a simple vista, a dónde empieza y a dónde termina lo gaseoso. Necesitamos aire para vivir, pero no lo experi-

mentamos, salvo cuando sopla el viento. Lo sólido nos sostiene, nos aguanta. En el medio acuoso solo podemos permanecer, si sabemos nadar; mientras que en el estadio gaseoso, caemos en todas direcciones. Se produce la sensación de ingravidez.

Esta es la sensación que experimenta el ciudadano gaseoso cuando se queda sin una tierra firme donde asentar sus pies; cuando lo que era líquido se evapora y el navío que le mantenía a flote se volatiliza en mil partículas. Entonces ya no le queda nada donde agarrarse; porque, de hecho, no queda nadie para agarrarse. La tabla se ha desmenuzado, pero la identidad personal también. Esta partícula consciente que flota en el espacio, que es el yo, experimenta el fenómeno de la ingravidez.

Si fuera muy pesado, ese yo no podría flotar en el aire y, por lo tanto, descendería en caída libre; pero el yo del ciudadano gaseoso es un yo ligero, volátil y efímero, con lo cual se sostiene en la atmósfera ingravida. Los sentimientos fuertes, las pasiones románticas y las ideas graves son ajenas a su estómago. No puede masticarlas, ni digerirlas. El ciudadano gaseoso se ha acostumbrado a lo leve, a lo fácil, a lo masticable, a lo que no opone resistencia. Cualquier dificultad de orden teórico, cualquier

propuesta intelectual ardua, es rehusada. En la era de los ciento cuarenta caracteres no hay margen para el pensamiento complejo. En la civilización gaseosa, las obras culturales ya no tienen como finalidad dar que pensar, subvertir el orden establecido, indignar al espectador. Su objetivo es distraer, pasar con ellas la tarde del domingo. Ese yo volatilizado flota ingravidamente, pero no sabe a dónde va, no tiene fuerza para propulsar un movimiento, carece de voluntad.

Los filósofos postmodernos ya advirtieron de ello en la década de los noventa del siglo pasado, cuando tematizaron la emergencia del *pensiero debole* (pensamiento débil). La debilidad es la nota característica del sujeto gaseoso: leves son sus sentimientos y sus pensamientos, también sus ideales y sus objetivos, sus creencias y sus vínculos, en definitiva, su identidad.

Søren Kierkegaard (1813-1855) ha descrito, con tintes existencialistas, la sensación de vivir en una sociedad gaseosa:

«Mi vida ha sido llevada hasta el extremo; me asquea la existencia, es insípida, sin sal ni sentido. Aunque me sintiera más hambriento que Pierrot, no estaría dispuesto a engullir la explicación que los hombres ofrecen. Uno clava el dedo en la tierra para



percibir en qué país está, pero hunde el dedo en la existencia -y no huele a nada. ¿Dónde estoy? ¿Qué quiere decir mundo? ¿Qué significa esta palabra? ¿Quién me ha introducido en todo esto y me ha dejado ahora abandonado aquí? ¿Quién soy yo? ¿Cómo he venido al mundo? ¿Por qué no fui preguntado, por qué no se me hizo conocer las costumbres y convencionalismos, sino que se me situó en la fila como si hubiese comprado por un comerciante de almas? ¿Cómo me he visto interesado en esta gran empresa que se llama realidad? ¿Por qué he de estar interesado?»<sup>3</sup>.

La sociedad gaseosa representa el punto de llegada de un proceso que empezó con la práctica de la sospecha. Al principio de la Modernidad, se puso en cuestión lo que era sólido, lo que se daba por sentado, esto es, la existencia de Dios, la creación del mundo *ex nihilo*, la centralidad de la persona hecha a "imagen y semejanza de Dios" (cf. Gn 1, 26), la vida eterna como el destino final de los bienaventurados, es decir, el orden tradicional del mundo. La imagen del mundo medieval fue puesta entre paréntesis en la Modernidad, pero la imagen moderna del mundo ha

sido, posteriormente, volatilizada en la Postmodernidad.

En el Medievo, el centro del *mundus* era *Deus* (teocentrismo), luego, a partir del Renacimiento, el hombre ocupó este lugar (antropocentrismo). En la sociedad gaseosa, el mundo carece de centro. Dioses, humanos, artefactos y animales flotan como partículas en el espacio. Nada tiene el rasgo de la inmutabilidad, nada posee el atributo del absoluto. Todo lo sólido se desvanece en el aire y lo que queda es un universo compuesto a de partículas interdependientes y contingentes.

Friedrich Nietzsche (1844-1900) expresa, con lucidez, esta sensación de ingravidez a través de la figura del hombre loco, el protagonista del "Aforismo CXXV" en *La gaya ciencia*. Se pregunta: "¿Cómo pudimos vaciar el mar? ¿Quién nos dio la esponja para borrar todo el horizonte? ¿Qué hicimos al desatar esta Tierra de su Sol? ¿Hacia dónde va ella ahora? ¿Adónde vamos? ¿Alejándonos de todos los soles? ¿No estamos cayendo continuamente? ¿Hacia atrás, hacia un lado, hacia adelante, hacia todos los lados? ¿Existe un arriba y un abajo? ¿No estamos vagando como a través de una nada infinita? ¿No nos roza el soplo del vacío?".

---

<sup>3</sup> S. KIERKEGAARD, *La repetición*, Guadarrama, Madrid 1986, 134.



La muerte de Dios representa la desaparición del fundamento, de lo permanente, del centro de gravedad de la existencia. Este evento histórico que el hombre loco anuncia, anticipándose a su tiempo, como es propio de un profeta, deja al ser humano sin tierra firme, sin un orden establecido, sin brújula, sin cosmos moral, de tal modo que todo lo que antes se sustentaba en aquel principio, se desvanece en el aire.

Friedrich Nietzsche expresa esta sensación de ingravidez, de pérdida de referentes con una retahíla de interrogantes. La desaparición de Dios del escenario del mundo abre una constelación de preguntas sin respuesta que cada cual deberá tratar de responder a su modo. El mundo deja de tener un centro, la vida pierde su sentido original; la muerte adopta un significado nuevo. El origen de la existencia y el destino de la misma ya no se explican por relación a Dios, porque Dios ha sido asesinado. Dios estaba en el origen y estaba en el fin. La vida era un camino, un *itinerarium Dei*, un don de Dios y, a la vez, una peregrinación hacia la vida eterna. La muerte de Dios cambia radicalmente la situación del ser humano en el mundo. Se queda en él sin direccionalidad, pero también si asidero. No sabe dónde está el Norte ni dónde está

el Sur, desconoce lo qué es el Bien y lo qué es el Mal, qué se espera de él en el ancho mundo.

Esta es la sensación que experimenta cualquier ser humano cuando lo que para él era sólido, sea una ideología, una creencia o un amor se deshace en el aire. Experimenta lo que se puede denominar el vértigo metafísico. Flotando en el cosmos digital, necesita crear pequeñas comunidades cálidas, microesferas de sentido, para sentirse cobijado, para salvarse de la soledad y del frío cósmico. Busca desesperadamente a alguien, al otro lado de la pantalla, para poder experimentar un poco el calor humano de otro ser que está tan desorientado y tan perplejo como él y que ha sido arrojado igual que él, en palabras de Martin Heidegger (*Geworfenheit*), en un universo que carece de fundamento y de finalidad.

#### 4. Un politeísmo espumoso

De nuevo, Friedrich Nietzsche, merece ser evocado. El filósofo alemán captó, con lucidez, los parámetros de la sociedad que vendría. Su profecía, articulada a través del hombre loco tiene más vigencia que nunca para comprender el fondo de la sociedad gaseosa.

En aquel conocido texto, el hombre loco anuncia que “Dios ha muerto” (*Gott ist todt*). Nadie le comprende. Nadie sabe a qué se está refiriendo. Los ciudadanos que le rodean se mofan de él y le expulsan del mercado. El loco, arquetipo de la lucidez en el Romanticismo y en el Siglo de Oro español, es marginado y echado de la ciudad. Como todos los profetas, se anticipa a su tiempo.

La ausencia de Dios exigía al ser humano ocupar su puesto, pero en lugar de esto, el ciudadano gaseoso ha elevado al plano de lo divino una serie de ídolos transitorios que nacen y crecen con gran velocidad. Ocupar el lugar de Dios es una tarea demasiada ardua y difícil para alguien tan diminuto e inestable como una mota en el aire, para alguien frágil y efímero como el ciudadano de la sociedad gaseosa, pero venerar a dioses menores, a divinidades gaseosas que aparecen y desaparecen del monte de Olimpo postmoderno es otra cuestión.

No era este el propósito de Nietzsche. En su escatología atea, el hombre tenía que ocupar el trono vacante dejado por Dios e imponer su voluntad de poder para crear valores nuevos. Tenía que empezar una historia nueva, el principio de una nueva civilización caracterizada por la libertad abso-

luta. El niño, tercera metamorfosis del espíritu, es el símbolo que Zaratustra utiliza para referirse a este principio nuevo, pero para alcanzar este estadio, el camello tiene que transformarse en león y, finalmente, el león en niño. No ha sido así. El camello ha dejado de creer en el Dios de la tradición, se ha liberado de aquel Ojo aterrador que lo veía todo, pero ha cargado su joroba con nuevas alienaciones y vive subyugado a nuevos dioses que venera e imita. El vacío dejado por Dios ha sido reemplazado por una constelación de ídolos menores que son objeto de nuevas devociones y nuevas imitaciones. Vivir sin creer en nada y en nadie es demasiado arduo para alguien que flota en el espacio sin asidero, que está expuesto a todo tipo de vientos y de huracanes.

En la sociedad gaseosa persiste el anhelo de ser feliz, el deseo de lo sólido, pero, también, la necesidad de creer en algo. La creencia no es patrimonio exclusivo de quienes se denominan, a sí mismo, creyentes. Es una nota esencial de la condición humana. Creer es confiar y sin confianza es imposible vivir, ni siquiera en una sociedad gaseosa. Aunque la confianza sea tan débil y efímera como lo es el sujeto gaseoso, todo ser humano necesita poner su fe en algo o en alguien para poder seguir viviendo.

Dado que todo se ha volatilizado, Dios también se ha fragmentado en un haz de pequeñas divinidades inestables y efímeras que centellean en el gran espacio vacío del cosmos. Como consecuencia de ello, emerge un politeísmo espumoso que tiene unas características radicalmente distintas a las del politeísmo griego y romano.

La espuma está constituida por una gran cantidad de burbujas pequeñas que lindan unas con otras. El conjunto forma una masa de color blanco muy inestable y efímera que, al cabo de un breve espacio de tiempo, se descompone y se deshace en la nada. El politeísmo que emerge es un politeísmo *light*, leve, *soft*. La devoción a esta pléyade de dioses transitorios no exige ningún tipo de sacrificio ni de ofrenda. Todo esto sería demasiado pesado para la mentalidad gaseosa. Los dioses bailan, como Dionisio, cambian de rostro y se desvanecen en el aire. No hay apego a ninguno de ellos, con lo cual tampoco, se plantea la lucha por el desapego.

Esos dioses no albergan ningún misterio, ningún deber eterno, ninguna promesa de eternidad. Cuando se desvanecen en el aire, emergen nuevas divinidades que copan toda la atención del ciudadano. Los antiguos dioses son olvidados velozmente y los nue-

vos se convierten en el foco de atención por un breve espacio de tiempo.

### 5. Coda final

Este politeísmo espumoso nada tiene que ver con la trascendencia del antiguo Dios, con el misterio de su condición, con la ruptura de nivel ontológico (Mircea Eliade), con el temor y temblor reverencial (Søren Kierkegaard) que suscita lo santo (*das Heilige*) (Rudolf Otto). Aquel Dios había creado, se había revelado en el mundo, se había hecho carne en él. Aquel Dios amaba y deseaba ser amado, prometía un paraíso eterno para los bienaventurados. En la sociedad gaseosa, esta historia de amor tiene demasiada densidad, por eso se volatiliza y se transforma en el argumento de un Belén *kitsch* en una gran superficie comercial.

En la Modernidad gaseosa, lo fácil vende, lo simple agrada. Todo lo que conlleva dificultad, contradicción interna o lo que alberga en su seno una gran paradoja, suscita animadversión. Aun así, en este contexto, la partícula consciente no puede desapegarse de la creencia, porque se siente débil y frágil en el ancho mundo, pero tampoco puede creer en un Dios que le exige darlo todo gratuitamente, amar

a los enemigos, desvivirse por los otros, perdonar incondicionalmente, donarse integralmente a los más débiles.

Abandona el maximalismo religioso y encuentra la salida a este atolladero en la práctica de un politeísmo espumoso, indoloro y superficial; en el débil apego a dioses transitorios que le dan un poco de calor y que le estimulan a vivir imitándoles. Ello tiene, cuanto menos, una virtud; que el politeísmo gaseoso es un buen antídoto al fanatismo, a las guerras de religión y a las cruzadas. Esos dioses transitorios no mandan matar, ni morir por una causa. Tampoco exigen un amor incondicional. Son tan débiles como inofensivos, tan insoportablemente leves como sus acólitos.

Esta religiosidad gaseosa, propia de nuestra cultura postmoderna, choca frontalmente contra el islamismo radical globalizado de signo violento que se ampara en el nombre de Dios para justificar todo tipo de atrocidades. El ciudadano de la sociedad gaseosa experimenta perplejidad, desazón, cuando la milicia islamista radical invoca a su divinidad para matar, destruir y aniquilar.

Esta imagen deformada y grotesca del Dios del Islam, un Dios que tiene un corazón misericordioso,

según *El Corán*, se confronta con la mentalidad gaseosa, que no alcanza a comprender cómo un ser humano, por creyente que sea, es capaz de inmolarse a sí mismo y de matar a otros por una idea, por una utopía, por un ideal. Mientras el ciudadano de la sociedad gaseosa vive entretenido con sus dioses menores, gastando su tiempo de ocio en los centros comerciales de las grandes ciudades, sufre, violentamente, los estragos de esta ideología radical que siembra de pánico el mundo entero.

En esta guerra desigual, el ciudadano de la sociedad gaseosa se siente perdido, desamparado y vulnerable. No sabe cómo reaccionar, ni qué hacer, porque para luchar y defender los propios valores, valores como la libertad, la igualdad, la fraternidad, se requiere fortaleza, donación y entrega generosa y eso es, precisamente, lo que el ciudadano gaseoso no está dispuesto a hacer por su extraordinaria levedad.

El emergente politeísmo espumoso es también un desafío de primer orden para la fe cristiana. ¿Cómo presentar al Dios de Jesucristo en un mundo volátil? ¿Cómo dar a conocer el Amor sin límites en una sociedad gaseosa? ¿Cómo puede tener alguna verosimilitud para el habitante de este

universo volátil la historia de un Dios que crea, se revela y se encarna por amor?

La traducción cultural del núcleo de la fe cristiana plantea verdaderas dificultades en el escenario gaseoso de la Postmodernidad. ¿Qué sentido tiene, en una sociedad de tal naturaleza, la práctica del don absoluto, la entrega radical de uno mismo y el martirio? Son formas de vida ajenas a la mentalidad omnipresente. Sin embargo, en un contexto de tal volatilidad como el que nos ha to-

cado sufrir, no ha desaparecido el anhelo de solidez, de tierra firme, tampoco el deseo de amar y de ser amado incondicionalmente. Quizás en este subsuelo es posible edificar una presentación del cristianismo, religión que Søren Kierkegaard definió como la religión del amor. Quizás es posible presentar la fe cristiana como una respuesta al profundo anhelo de amor que late en el fondo último de la persona, incluso en el marco de una sociedad donde todo lo sólido ha sido volatilizado. ■

---

# SALTERRAE



GEORGE AUGUSTIN (ed.)

**La fuerza radiante de la fe**

*Identidad y relevancia  
del ser cristiano hoy*

168 págs.

P.V.P.: 10,00 €

¿Cómo podemos crear las condiciones para revitalizar y profundizar la fe en un mundo cada vez más secularizado? ¿Cómo llegan las personas a una relación viva con Dios? ¿Qué actitudes fomentan el compromiso cristiano? ¿Qué puede liberarnos de la apatía, el letargo y la resignación que tantas veces experimentamos actualmente? Desde diversas perspectivas, las aportaciones de este libro muestran caminos en los que hoy podemos vivir el encuentro con Jesucristo y la fuerza del evangelio, y hallar una alegría nueva en Dios y en nuestra fe.



Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)  
pedidos@grupocomunicacionloyola.com

---